

miento indeliberado nos arrastra á mirar como cierto lo que se apoya en esta base; de modo que segun el parecer de todos los hombres, substraerse á esta ley fundamental, universal, es dejar de ser hombre, es apagar en sí todas las luces naturales, y segregarse voluntariamente de la sociedad de las inteligencias.

Sobre este punto decisivo apelo á la conciencia; la escojo por juez, y estoy pronto á someterme á sus decisiones. Entre cada uno en sí mismo, y pregúntese; haciendo callar al orgullo y las preocupaciones. Evite confundir los sofismas de la razon con las respuestas simples y precisas del sentimiento interior que le ruego consulte; considere lo que es y no lo que se figura deber ser; abra los ojos sobre los hechos, y cierre su espíritu á las conjeturas: si hay un solo hombre que con tales disposiciones, se diga en el fondo de su corazón: « Esto que se me propone como verdades de experiencia, está desmentido por lo que yo siento en mí, y por lo que observo en mis semejantes, » yo me condeno á mí mismo, y me declaro un soñador y visionario insensato.

CAPITULO II.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Volvamos por un momento hácia atrás nuestra vista; y fijémosla en el espacio que hemos recorrido. Buscábamos la certeza, y hemos visto que no podemos hallarla en nosotros mismos. La consideracion atenta de los hechos nos ha llevado

á conocer que ella reside en la reunion de los juicios y de los testimonios, es decir, en una razon superior á la del individuo, en la autoridad, fuera de la cual no hay mas que una duda absoluta y eterna. De aquí proviene que el hombre para quien la duda es un suplicio; el hombre que para vivir tiene necesidad de creer, cede á la autoridad y se determina por ella tan naturalmente como respira. Si intenta substraerse á esta ley universal; además de que nunca lo consigue enteramente, porque no le es dado aniquilar su inteligencia, al punto se ve castigado por su rebellion insensata, con las tinieblas que se derraman y espesan sobre su entendimiento. Convertido para los demas hombres en un objeto de menosprecio y horror, le contemplan sorprendidos al verle atravesar con un vuelo rápido y desordenado, los espacios intelectuales para sepultarse en el caos; á la manera de un astro que perdiendo su curso no obedeciese ya á las leyes de la gravitacion. A nuestro pesar dependemos esencialmente de nuestros semejantes, tanto como seres inteligentes, cuanto como seres fisicos; y la vida del alma lo mismo que la del

cuerpo, resulta de la sociedad de los medios y de la union de las fuerzas.

Los metafisicos pues, en vez de raciocinar hasta perderse de vista sobre las operaciones de nuestro espíritu, para descubrir una regla de certeza, deberían haber dejado á un lado el raciocinio, y mirar lo que les rodeaba: porque es claro que, siendo el hombre activo por su naturaleza, y no obrando jamas sino por motivos que le determinan, ó en virtud de una creencia cualquiera, el principio de determinacion ó la regla de certeza, debía estar determinada ella misma por la naturaleza del hombre, y manifestarse en sus acciones con un carácter de evidencia y universalidad que no permitiese desconocerla. Mas la universalidad misma y simplicidad de esta regla innata en nosotros, es la que nos impide conocerla; porque nuestra atencion por lo comun no se excita sino por lo que es extraño y nuevo para nosotros. Semejantes á un nadador que sigue la corriente, no sentimos las leyes de nuestro ser sino cuando las resistimos: y como la resistencia supone fuerza, el hombre, que se complace en todo lo que le da la concien-

cia ó el conocimiento de las suyas, hace consistir su orgullo en resistir y contradecir la autoridad. Este es el origen mas comun y peligroso del error, así como es la desconfianza de sí mismo, el preservativo mas seguro contra los extravíos de todo género: de modo que, por un encadenamiento que no sorprenderá mas que á los espíritus superficiales, la razon del hombre y su corazón se perfeccionan ó depravan por unas mismas causas, y la *humildad*, que es el fundamento de la moral, lo es tambien de la lógica.

He dicho que tenemos en nosotros tres medios para conocer; á saber, los sentidos, el sentimiento y el raciocinio; y he hecho ver que, siendo insuficientes para conducirnos á la certeza, nada podíamos afirmar por solo su testimonio. Veamos ahora de qué modo el consentimiento comun, supliendo nuestra flaqueza, viene á ser, por la institucion de la naturaleza, el punto de apoyo de nuestros conocimientos, el título que nos asegura la posesion cierta, y en una palabra la verdadera base de nuestra razon.

Sea cual fuere el sistema que se adopte sobre el origen de nuestras ideas, es incontestable que

nosotros no adquirimos el conocimiento de los objetos sensibles, sino con el auxilio de los órganos. Los cuerpos y sus propiedades, los fenómenos físicos, los hechos de toda especie no nos son conocidos sino por los sentidos; y tanto la historia como las ciencias naturales ó de observacion, se apoyan únicamente en su testimonio.

Ahora bien, nada tiene de raro que los sentidos nos engañen. Una experiencia continua nos enseña á desconfiar de estos instrumentos imperfectos, y cuyos defectos no percibimos sino comparándolos con otros instrumentos semejantes. Formados sobre un tipo comun, y variando sin embargo en diversos individuos, presumimos con verosimilitud que, como la imperfeccion de que proviene el error no afecta en cada uno de nosotros la misma parte del instrumento, la semejanza de las relaciones prueba la verdad, y tanto mas cuanto estas relaciones comparadas son en mayor número. Así un testimonio único no produce mas que una simple probabilidad: á proporcion que se multiplican, se aumenta la certeza, y llega un momento en

que todos los hombres, de comun acuerdo, prohiben la mas ligera duda so pena de tener por insensato á quien la admita. Nada importa que el fenómeno ó el hecho atestiguado haya herido ú no nuestros propios sentidos. Saunderson, ciego de nacimiento, no estaba menos seguro de la existencia del sol que Newton, y nosotros no estamos mas seguros de que Paris existe, que ciertos de que Cartago ha existido.

La multiplicidad pues de testimonios uniformes, constituye, con respecto á nosotros, la certeza de los conocimientos que tienen su origen en los sentidos; aunque sin embargo no podamos rigorosamente deducir de sus relaciones la verdad absoluta. Mas obligados á creerlo, la naturaleza nos enseña á someter nuestras creencias á esta regla, que nosotros sin pensar en ello aplicamos casi á cada instante.

No hay duda que, precisado muchas veces el hombre para obrar, no puede menos de fiarse en sus propios sentidos, y de creer la realidad de lo que le representan. Pero ¿cuántas veces no nos engañan y aun muchas con peligro de la vida, por mas que ellos llenen el fin de su destino cual

es proveer á nuestra conservacion en el orden de las cosas, tanto como se necesita para asegurar la duracion de la especie? El grado de probabilidad, que resulta del relato, hecho por ellos, varia no solo con respecto á los diversos individuos, sino quanto al individuo mismo en diferentes tiempos; aunque este grado nunca se extiende á la certeza completa, ofrece sin embargo un motivo suficiente para determinar las acciones habituales; y por nuestra parte, estamos seguros de que este motivo es suficiente, mediante el consentimiento comun fundado en la experiencia general; de tal suerte que todo el mundo tendria por un loco á quien rehusara contentarse con él en las ocasiones frecuentes, en que no es posible tener otro mas fuerte.

Se debe por otra parte meditar esta observacion; antes que saquemos de nuestros sentidos los servicios que por su destino deben hacernos, ¿no es necesario se nos enseñe el uso que de ellos hacer debemos? ¿No debe haber aprendido la mano á tocar, los ojos á ver y los oidos á oír? ¿No es tambien necesario, si se ha de evitar la caida en funestos errores, que además la razon

se forme y se desenvuelva, que se la instruya para juzgar de las cosas externas, mediante las impresiones que de ellas recibe el cuerpo? ¿Qué vendria un niño á ser sin esta primera educacion? ¿Cómo se libraria de los peligros que le cercan? Sin el auxilio ageno nunca saldria de su ignorancia nativa. Nada inventa él, obedece; cree, y la fe le libra de la muerte. ¿Cuántas lecciones de toda especie no es preciso darle, antes que llegue á saber lo indispensable para vivir! Rectificaron ó confirmaron el testimonio de sus sentidos millones de testimonios acerca de todos los objetos que se le han de presentar en adelante. Cuando por sí solo comienza á obrar, cuando se le deja el cuidado de su conservacion, lejos de limitarse á los motivos de juzgar que halla en sí mismo, se fundan todos sus juicios en las instrucciones sin número recibidas antes, ya del ejemplo, ya de la palabra, y en creencias de allí procedentes, las que son mas ó menos ciertas, segun la generalidad mayor ó menor de la autoridad en que se apoyan.

Fijar el número de testimonios necesarios para producir una certeza perfecta, es imposible.

Esto depende de mil circunstancias, y en particular del valor de cada testimonio tomado separadamente¹. En esta avaluacion todo viene á reducirse á este principio: « Un testimonio tiene tanta mas fuerza, cuanto mas conocida es la veracidad del testigo, y menos interes tiene en engañarnos. » Y como tambien es el comun consentimiento el que decide estas cosas, el que sanciona y consagra el principio mismo que acabo de proponer, la certeza viene siempre en último análisis á descansar en la base de la mayor autoridad.

Esto sucede con respecto al sentimiento y la evidencia, y lo mismo con respecto al raciocinio. Hay verdades y errores de sentimiento, evidencias ciertas y evidencias engañosas, buenos y malos raciocinios: ¿quién no sabe esto por experiencia? ¿y quién no sabe tambien qué el único medio de discernir con certeza lo verdadero de lo falso es la autoridad, ó la armonía y concordia de los juicios y testimonios? La conviccion individual nada prueba; pues que si probase algo,

¹ Véase la *Defensa*, cap. XI.

todo se probaría por ella. ¿ Hay algun error de que no se haya convencido algun entendimiento? ¿ Y cuál es el entendimiento que siempre se ha librado del error, ó que nunca se ha engañado por una conviccion engañosa? Una sola experiencia en este género, un solo cambio que se verifique en nuestras percepciones, en nuestrás opiniones, basta para quitarnos el derecho de afirmar nada absolutamente, fundados en nuestra simple conviccion personal. Es necesario, que todas las pruebas, y aun las de las verdades reconocidas, se hayan sujetado al exámen de varias razones, y que hayan producido una misma impresion en todas; es preciso, en una palabra, estén tales pruebas generalmente recibidas, para que tengan la competente autoridad. Hasta aquí son mas que racionios inciertos, cuya incertidumbre únicamente puede disiparse por medio de la armonía de los juicios. Donde no se encuentra esta armonía, reina la duda en paz, y con aprobacion de la prudencia: mas en todas partes donde se halla, cesa la duda, ó los hombres la acusan de locura.

El que negase la distincion del bien y del mal

moral, que el todo es mayor que su parte, ó las consecuencias rigorosas que la geometría deduce de este axioma, seria tan loco como el que negase la diferencia que hay entre el placer y el dolor, la existencia de los cuerpos ó sus propiedades generales, ¿ Por qué? porque chocaria y se opondria á la autoridad de todo el género humano. Pues, por lo demas, estas negaciones podian ser con relacion á su organizacion propia otras tantas verdades; al menos seria imposible demostrar lo contrario*.

Luego apelar de la autoridad á la razon, del sentido comun al particular, es violar la ley fundamental de la razon misma, es trastornar el mun-

* ¿ Cómo podria la razon concebir la distincion del bien y del mal moral sin la dependencia de Dios? ¿ Qué viene á ser el bien y el mal no habiendo ni ley, ni legislador? Además, ó es la verdad con respecto á nosotros lo que parece verdadero á la razon de todos, ó lo que tal parece á la razon particular de cada uno. En este segundo caso, que es el de todos los filósofos dogmáticos, las proposiciones mas contradictorias son igualmente verdaderas, tan luego como tales parezcan al entendimiento que las afirma. En el primer caso, la verdad es una como la razon general, que nunca puede hallarse en oposicion consigo misma. Luego ningun hombre puede recriminar á otro de haber errado, ú de loco, sin reconocer al sentido comun como la regla de los juicios.

do moral, es constituir el imperio del escepticismo universal, es abrir un abismo en que todas las verdades, todas las creencias, vendrian necesariamente á sepultarse. Por la naturaleza misma de las cosas, aislarse ó separarse de las demas, es ya dudar. La certeza, principio de vida de la inteligencia, resulta del concurso de los medios y de la semejanza de las relaciones; ella es, si puedo explicarme así, una produccion social: y he aquí por que el ser inteligente no se conserva sino en el estado de sociedad, como tambien por que la sociedad camina á la disolucion, cuando se echa por tierra la base de la certeza y de la inteligencia, sometiendola á la autoridad ó la razon general, á la razon individual.

Mas en este momento en que nosotros no conocemos ni consideramos mas que al hombre, la mayor autoridad que podemos concebir es la autoridad del género humano; por consiguiente ella encierra el grado mas elevado de certeza á que podemos llegar*. Si pues existiese una ver-

* El buscar la certeza, es buscar una razon que no pueda errar, ó infalible, como ya lo hemos dicho. Luego debiera ser ne-

dad universalmente creida, unánimemente atestiguada por todos los hombres y en todos los siglos; verdad de hecho, de sentimiento, de evidencia, de raciocinio, á la cual rindiesen así homenaje todas nuestras potencias reunidas; esta verdad soberana, revestida manifiestamente de un poder supremo sobre nuestro entendimiento, vendria á colocarse al frente de todas las demas verdades en la razon humana. Negarla seria destruir la razon misma. Cualquiera en efecto que

cesariamente esta razon infalible, ó la razon de cada hombre de por sí, ó la de todos, que es la razon humana. No lo es la de cada hombre de por sí, porque se contradicen los hombres unos á otros, y muchas veces no puede hallarse nada de mas opuesto que sus juicios; luego lo es la de todos. Seria imposible probar directamente la infalibilidad de la razon humana, porque, ó no probarian nada las pruebas que para ello se dieran, ó supondrian la infalibilidad misma que se tratara de probar. Pero no suponiendo infalible á la razon humana, no puede haber ya certeza posible; y si se ha de guardar consecuencia, de todo deberia dudarse sin excepcion alguna. De lo que se infiere no podrá jamas el hombre, sean los que fueren sus esfuerzos, llegar á un tal estado de duda. Esto se resiste absolutamente á su naturaleza sin poder él menos. Primero se aniquilaria que dejar de creer. Luego la naturaleza misma le pone en precision, ó de vivir siempre en estado de contradiccion con la razon, ó de reconocer la infalibilidad de la razon humana, que es la de todos.

la negase, negando por esto mismo el testimonio unánime de los sentidos, del sentimiento y del raciocinio, no podría en ningún caso admitirlo, y se vería obligado á dudar de su propia existencia, que no conoce sino por estos tres medios. Digo todavía muy poco, y á cualquiera que se haya penetrado bien de los principios anteriormente expuestos, será fácil comprender, que siendo la verdad de que se trata mucho mas cierta que nuestra propia existencia, pues que está atestiguada por testimonios mucho mas numerosos, el dudar de ella sería incomparablemente mucho mayor locura, que dudar de nuestra propia existencia*.

* La locura ó sinrazon de la duda se mide, no por la dificultad ó repugnancia que sentimos en dudar, sino por la certeza de la cosa de que dudamos. Así tal hombre se verá obligado á hacerse mucha mas violencia para dudar de la relacion incertisima de sus sentidos en una dada circunstancia, que para dudar de una verdad metafísica ó moral perfectamante cierta. En este último caso sin embargo, la duda es una locura verdadera, en vez de que en el primero, podría ser un acto de prudencia. Esto puede servir para hacer comprender como, no dudando de la propia existencia, es sin embargo posible que se llegue á dudar de la de Dios, aunque esta en realidad tenga un grado mucho mas elevado de certeza.

Definiendo los caracteres de esta verdad sublime, universal, absoluta, he nombrado á Dios. ¡Con qué encanto, con qué transportes de dulzura no debemos ver esta idea magnífica y resplandeciente, elevarse de repente sobre el horizonte del mundo intelectual, envuelto en espesas sombras, y derramar luz y vida hasta en sus profundidades mas retiradas y oscuras!

Toda existencia emana del Ser eterno é infinito, y la creacion toda con sus soles y sus mundos, cada uno de los cuales encierra en sí otros millares de mundos, no es mas que la aureola de este gran Ser. Todo sale de él y todo vuelve á entrar en esta fuente fecunda de realidades; y mientras que enviadas al exterior, sus innumerables criaturas, para atestiguar su poder y celebrar su gloria en todos los puntos del espacio y del tiempo, cumplida su mision, vuelven á deponer á sus pies la porcion de ser que les repartió, y que su justicia devuelve al punto á muchas de ellas, ó como castigo ó como recompensa: solo, inmóvil en medio de este vasto flujo y reflujo de existencias, única razon de su ser y de todos los seres, es para sí mismo su principio,

su fin y su felicidad. Buscar alguna cosa fuera de él es explorar la nada. Nada se ha producido, nada subsiste sino por su voluntad, por una participacion continua de su ser. Todo cuanto crea, lo saca de sí mismo; y conservar es para él seguir comunicándose. Realiza exteriormente la extension que concibe, y he aquí el universo. Anima, si puede decirse así, algunos de sus pensamientos, y les da la conciencia de sí mismos, y he aquí las inteligencias. Unidas á su autor, viven de su substancia alimentándose con su verdad que es su mantenimiento necesario. Aun cuando no le conocen y aun cuando le niegan, beben todavía en su seno el jugo que las vivifica, como la planta ciega en el seno de la tierra. Débiles mortales, que desesperábamos poco ha de la luz, volvámoslo á decir y repitámoslo mil veces con un júbilo lleno de confianza y de amor: Existe un Dios. Huyen las tinieblas delante de este gran nombre; se rasga el velo que cubria nuestro espíritu; y el hombre, á quien toda verdad y su ser mismo se huyan sin que pudiese retenerlos, renace deliciosamente al aspecto de *aquel que es*, y por quien todo es.

Pero es necesario mostrar como los diversos medios de conocer con que la naturaleza nos ha dotado, se unen para conducirnos á esta verdad necesaria, de modo que ella reune en el mas alto grado todos los géneros de certeza.

Que los hombres conservan la memoria de los hechos y se la transmiten, no necesita probarse. Que entre estos hechos los hay tales que no puedan ponerse en duda, sin quedar convencido por solo esto de locura, se confiesa tambien universalmente. El que negase la existencia de Augusto seria tenido por tan loco como el que negase la existencia del sol. La lejanía de los hechos, como por otra parte estén suficientemente atestiguados, en nada altera la certeza; y la historia de S. Luis no es mas cierta que la de Trajano.

Las ciencias, las artes, las costumbres, la legislacion, la política, la sociedad entera se apoya en esta transmision de hechos, y no subsiste sino con su auxilio; porque todo lo que existe tiene su raiz en lo pasado, y pereceria si se separase. Y como las relaciones de origen, ó de autoridad y obediencia son las mas necesarias, pues que ellas constituyen fundamentalmente la familia y

el Estado, cada familia tiene su tradicion, por la cual sube mas ó menos alto, segun que está mas ó menos constituida, hasta un primer padre, cuya existencia atestiguada sin interrupcion por sus descendientes, no es menos cierta que la existencia de la familia misma, y es además la razon de ella.

Del mismo modo cada pueblo tiene su tradicion semejante á la de la familia, y, como ella, tanto mas antigua cuanto aquel está constituido mas sólida y fuertemente, tradicion oral ó escrita, por la cual sube de edad en edad hasta el primer poder, ó un primer padre, cuya existencia no es menos cierta que la del mismo pueblo, y además es su razon.

Finalmente el género humano, como era necesario, tiene del mismo modo su tradicion conservada en todas las familias, en todos los pueblos, y por la cual sube hasta su primer padre, ó hasta Dios, cuya existencia unánimemente atestiguada de siglo en siglo, no es menos cierta que la existencia del género humano y la del universo, y es la razon de ambas.

Así la historia mas antigua que se conoce

principia por estas voces : *En el principio crió Dios* : donde vemos lo primero á Dios que existe solo antes de todo *principio*, y los demas seres recibiendo de él la existencia en el origen de los tiempos.

Ninguna tradicion hay, por confesion de los mismos ateos¹, ni mas universal ni mas constante; luego tampoco hay hecho alguno mas cierto. Recorred la tierra en todos sentidos; de las regiones civilizadas y de las naciones sabias corred al fondo de los bosques entre los aduares salvages : no escape á vuestras pesquisas pueblo alguno; entrad en la tienda del Arabe, en la cabaña del Negro, en la choza del Cafre y en la del Samoiano : en todas partes encontraréis la creencia del primer Ser, padre de todos los seres; en todas partes oiréis nombrar á Dios.

Preguntad á estos hombres desconocidos los unos de los otros, de donde les ha venido esta creencia y os responderán : *Nuestros padres nos*

¹ « Parece no puede suponerse racionalmente haya un pueblo del todo desprovisto de la nocion de alguna divinidad. » *Sist. de la Nat.*, tom. II, cap. XIII.

han dicho ; *Patres nostri narraverunt nobis*. Conocen á Dios como á sus antepasados por el testimonio transmitido ; y la memoria de la primera familia , tronco fecundo de la raza humana , es para ellos inseparable de la memoria de su autor.

¿ Se intentará recusar como suplantada esta tradicion , con el pretexto de que los testigos primitivos no han podido asegurarse por sus sentidos de la verdad del hecho que atestigua ? En este punto la tradicion se defiende bastante por sí misma , pues que depone que originariamente Dios se comunicó de un modo sensible á su criatura. Nada mas se necesita para cerrar la boca á los que contradijeren , aun cuando viniesen armados de objeciones en la apariencia insolubles. Porque el raciocinio , cuya última fuerza he probado , reside en la autoridad , no podria en ningun caso prevalecer contra ella de cualquier manera que proclamase su decision.

Sin embargo , como se debe tener cierta condescendencia con los espíritus que son mas bien desconfiados por debilidad que obstinados por orgullo , quiero dedicar un momento á tranquilizar la razon de aquellos á quienes inquietase

la dificultad que indico. Consiento con tanto mas gusto en echar , aunque de paso , una ojeada , cuanto esto me ofrecerá la ocasion de atacar de antemano uno de los fundamentos del deísmo : porque el principal motivo por el que sus sectarios no admiten la revelacion , es porque no les seria posible comprender , como el Ser infinito , espiritual por su naturaleza , se haya hecho accesible á nuestros sentidos.

Yo no sé pueda darse un espectáculo mas á propósito para excitar un grande asombro , que el de unas criaturas inteligentes que cierran sus ojos á la luz porque , dicen , están ellas sepultadas en una profunda obscuridad. ¿ No comprenden como Dios se haya acercado á nuestros sentidos ! ¿ Y qué importa que ellas comprendan ó no un hecho que atestigua todo el género humano ? ¿ Es la razon la regla del poder divino , es su término ? Además , si ellos la consultan seriamente , esta misma razon tan débil como es , bastará para disipar sus repugnancias. ¿ Qué tiene en efecto de extraño que aquel que ha dado órganos al alma humana , y la ha rehusado todo otro medio de comunicar con las demas al-